

SACRIFICIO ANUAL

Colaboradores

con Dios

SERMONES



9 de noviembre
de 2019

HIMNO DE APERTURA:
Himnario adventista, n° 196
«Santo Espíritu de Dios».

LECTURA BÍBLICA:
Lucas 13: 6-9.

HIMNO FINAL:
Himnario adventista, n° 198
«Desciende, Espíritu de amor».

Propósito

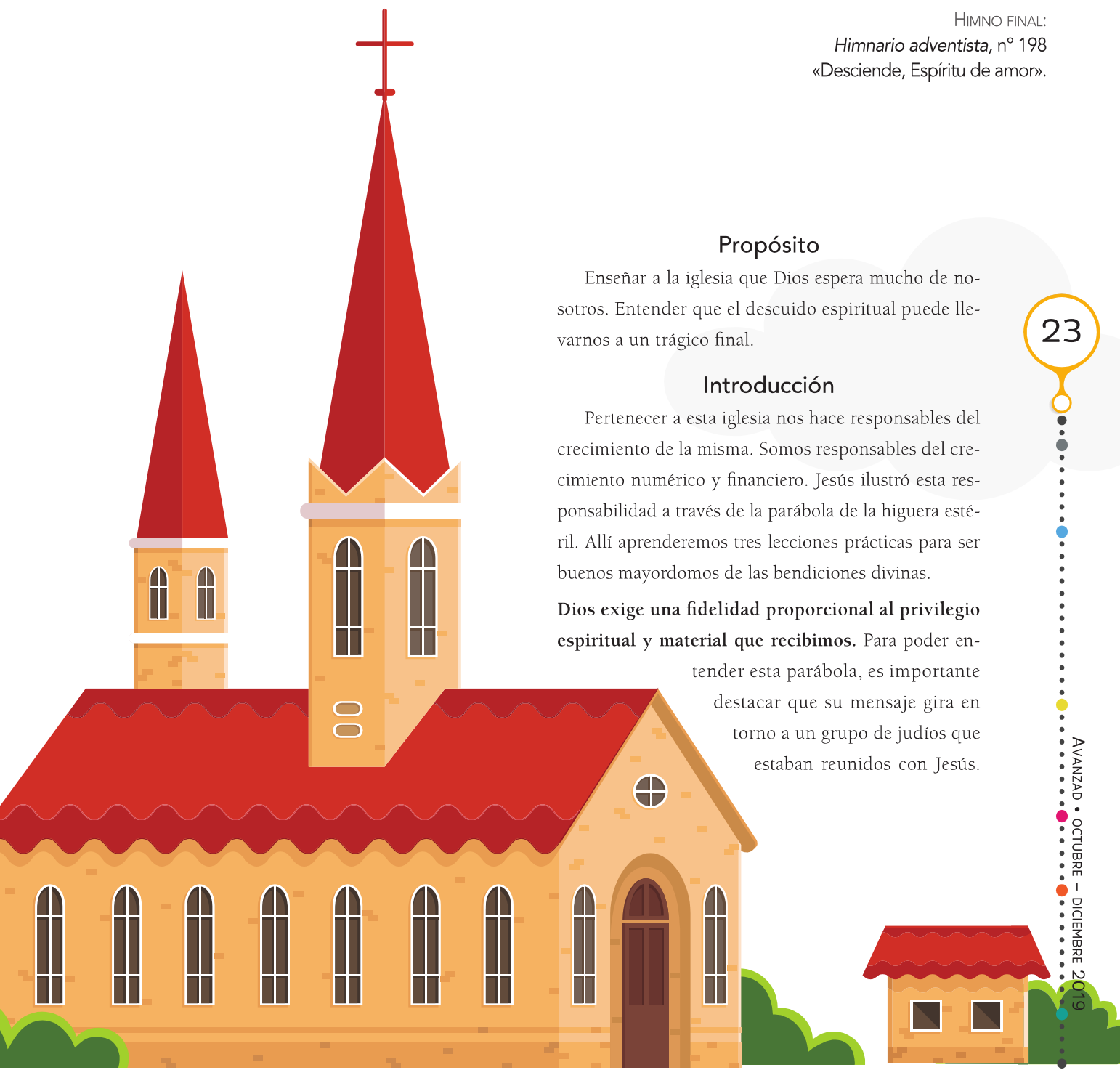
Enseñar a la iglesia que Dios espera mucho de nosotros. Entender que el descuido espiritual puede llevarnos a un trágico final.

Introducción

Pertenecer a esta iglesia nos hace responsables del crecimiento de la misma. Somos responsables del crecimiento numérico y financiero. Jesús ilustró esta responsabilidad a través de la parábola de la higuera estéril. Allí aprenderemos tres lecciones prácticas para ser buenos mayordomos de las bendiciones divinas.

Dios exige una fidelidad proporcional al privilegio espiritual y material que recibimos. Para poder entender esta parábola, es importante destacar que su mensaje gira en torno a un grupo de judíos que estaban reunidos con Jesús.

23



El Señor enseñó esta verdad comparando a la iglesia de su tiempo con una higuera estéril. El lugar que Israel ocupaba en aquellos tiempos era de mucha importancia para Dios. «La casa de Israel, y los hombres de Judá, planta deliciosa suya» (Isa. 5: 7). Dios los había favorecido como a ningún pueblo en la historia: los liberó de ser esclavos en Egipto, les dio una tierra como herencia, les dio el conocimiento de su voluntad como a ningún otro pueblo.

Dios esperaba mucho de ellos y deseaba que las demás naciones conocieran de su amor y misericordia a través de sus frutos. «Serán llamados “Árboles de justicia”, “Plantío de Jehová”, para gloria suya» (Isa. 61: 3). ¡Qué gran responsabilidad tenían ante de los ojos de Dios!

Apelación. Como Iglesia Adventista del Séptimo Día, hemos recibido muchas bendiciones espirituales y materiales, a través de las cuales Dios espera que podamos esparcir el evangelio de su amor. Esta parábola era un llamado a los judíos a reflexionar en cuanto a su responsabilidad con Dios. También es un llamado para que nosotros podamos invertir todos nuestros conocimientos, talentos y recursos en el engrandecimiento de su obra.

Segunda lección

Es peligroso no dar frutos cuando se goza de grandes privilegios religiosos. Resulta interesante que el dueño de esta higuera se queja de no encontrar frutos después de todos los esfuerzos hechos por la higuera: «Hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo» (Luc. 13: 7). Al parecer, solamente era un estorbo y por eso indicó: «¡Córtala! ¿Para qué inutilizar también la tierra?» (Luc. 13: 7). Tal fue la triste historia de Israel, que a

pesar de todos los privilegios que este pueblo tenía de parte de Dios, cuando Cristo vino no halló en ellos frutos.

La parábola es una amonestación simbólica para los judíos, en la que se les da a entender que la más amorosa de la paciencia divina tiene su límite. Esta parábola es una invitación urgente a la conversión: o aprovecha Israel la última gracia que la misericordia de Dios le concede o experimentará indefectiblemente el castigo que se merece.

Apelación. «La amonestación resuena a través del tiempo hasta esta generación. ¿Eres tú, corazón descuidado, un árbol infructífero en la viña del Señor? ¿Se dirán respecto a ti antes de mucho las palabras de juicio? ¿Por cuánto tiempo has recibido sus dones?»



¿Por cuánto tiempo ha velado y esperado él una retribución de amor? Plantado en su viña, bajo el cuidado especial del jardinero, ¡qué privilegios son los tuyos!» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 17, p. 175).

El árbol infructífero recibe la lluvia, la luz del sol y el cuidado del jardinero. Obtiene alimento de la tierra, pero sus ramas improductivas solamente oscurecen el terreno, de manera que las plantas fructíferas no pueden crecer bajo su sombra. Así son los dones de Dios que nos son prodigados y que no reportan bendición para el mundo. Podríamos estar despojando a otros de los privilegios que, si no fuera por nosotros, serían suyos.

Apelación. El Señor, a través de su Espíritu Santo, nos invita a dar esos frutos que satisfagan las expectativas

de Dios. Cabe entonces preguntar: ¿Cómo reaccionamos cuando se nos invita a predicar el evangelio? ¿Qué tan generosos somos cuando se nos invita a dar recursos financieros para su obra? ¿Cuántos de nosotros, después de conocer la voluntad de Dios, aún desobedecemos y decidimos vivir una vida de pecado? Es posible que seamos semejantes a esa higuera que no da frutos, debido a que inutilizamos los recursos y bendiciones que hemos recibido de parte de Dios. La consecuencia es trágica. El dueño dijo: «Córtala» (Luc. 13: 7).

Conclusión

Podemos concluir que, como en el tiempo antiguo, el Señor nos ha prodigado grandes bendiciones espirituales y materiales, esperando que como su iglesia presentemos delante de él frutos que alaben su nombre. Sin embargo, muchas veces nuestra vida no reporta frutos para gloria del Señor. Hay mucha apatía para hacer lo que Dios nos pide, mucho egoísmo en invertir nuestros recursos para su obra. Pero es solo la obra de Cristo en nuestras vidas y su intercesión las que pueden llevarnos a dar buenos frutos.

Noé Gómez
Unión Mexicana del Sureste